

Fiesta. Sagrada Familia de Jesús, María y José

Una familia como hay muchas

"El ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto. José se levantó, tomó al niño y a su madre de noche y se fue a Egipto". San Mateo, cap. 2.

La revista se llamaba "Para Ti", y se editaba en Argentina hace unas décadas. Traía una historieta dibujada, que el autor tituló "Un matrimonio como hay muchos". Es decir, como la familia del vecino, la de los primos y la nuestra.

Jesús nació en Belén y vivió en Nazaret, en una familia corriente, con sus propias circunstancias. Allí hubo amor, preocupaciones, crisis, angustias y esperanzas. San Mateo nos cuenta que luego de la visita de los Magos, el rey Herodes quiso matar al Niño.

Entonces un ángel habló a José en sueños: "Levántate, toma al niño y a su madre y huye. Y él se levantó, tomó a María y al recién nacido y se marchó a Egipto. Este país, a unas cinco jornadas desde Belén, representaba entonces sitio seguro para los fugitivos.

Los evangelios apócrifos se solazan en endulzar tal acontecimiento: "Leones y panteras hacen corte a los viajeros, señalándoles el camino. Tres jóvenes y una asistenta se preocupan de los equipajes". Inútil fantasía. José, María y el Niño son simplemente una familia desplazada, bajo el miedo, la inseguridad y la pobreza.

Pensamos hoy en tantas familias que emigraron de una situación anterior, donde todo marchaba bien, hacia las dificultades presentes. Pero aquel grupo de Nazaret, en medio de su tragedia, tenía siempre al Señor. Cuando Él está presente, el hogar sigue siendo fábrica de amor y de vida, taller que forja los valores, santuario donde alumbra la conciencia, escuela del más rico humanismo.

San Pablo escribiendo a los colosenses, les enseña: Ustedes son pueblo amado y elegido por Dios. Y les sugiere un uniforme espiritual: "La misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión. Lleven en común sus cargas y perdónense, cuando alguno tenga quejas contra otros. El Señor nos ha perdonado. Hagan lo mismo ustedes. Y encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad".

La mayoría de nosotros mantenemos hacia nuestro hogar una actitud resignada: No hay más remedio. Sigamos adelante, pero ya nunca habrá ternura, ni paz, ni comprensión, ni diálogo. Es cierto que en las peripecias de la vida el amor peca y se fatiga y muchos valores se resquebrajan.

Sin embargo, para los creyentes, todavía queda el Señor. Si un hogar cristiano, cualquiera sea su situación, identifica sus problemas, mira a la familia de Nazaret y siente el poder de Dios en su historia, todo podrá mejorarse.

Allí bajo el rescoldo, abrumado tal vez por las cenizas, aún pervive el amor. Ese amor que resucita en los aniversarios de familia y sobre todo en Navidad. Pero conviene encenderlo para una felicidad cotidiana, más sólida y más gratificante. Ya el ángel le aseguró a María que "para Dios nada hay imposible".

Aquel regreso de José, María y el Niño a Palestina, cuando ya ha muerto Herodes, significa también el regreso a otra forma de vivir y de amar, de una familia como hay muchas.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y